

APUNTE DEL NATURAL, por Fres



Gentes á quien de sorpresa
coge el lavarse, á fortuna
tienen el mirarse en una
enjalbegada Marquesa

F. G. Fresco

20 Cts

UNA ENCUESTA Y UN CONCURSO

Lo macabro

En París se publica un ameno semanario, órgano de los sepultureros, titulado *El pequeño féretro ilustrado*. Esta graciosa y espiritual revista, abrió un concurso pidiendo opinión acerca de los tres entierros más suntuosos que se verificaran dentro del año.

MADRID CÓMICO

ha decidido fusilar esta originalísima encuesta.

MADRID CÓMICO

ha obtenido una fuerte subvención del «Trust funerario», y en este momento abre su información con estas bases:

1.^a ¿Cuál será el político que tendrá la bondad de dejarse enterrar dentro del año que comienza?

2.^a ¿Cuál será el actor que se irá a hacer papelitos en la barca de Caronte?

3.^a ¿Cuál será el torero que sea tan amable que se deje meter un cuerno en sus respetables intestinos?

Rogamos á cuantos nos favorezcan con su opinión que nos la envíen antes del 31 del actual, sin que podamos consentir que se trate en broma este asunto. Como ustedes ven, eso del sepelio es una cosa perfectamente seria. De todos modos, si son ingeniosas las respuestas que se nos envíen, en prosa ó verso, se publicarán.

En el primer número de Enero próximo daremos al público los nombres de los tres difuntos agraciados.

ENCUESTA

¿Quién será el político?

¿Quién será el cómico?

¿Quién será el torero?

Firma

Que vive en

Lo positivo

¡¡LECTOR!!

¿Quiere V. tener opción á 160.000 ptas?

Madrid Cómico

regalará un billete entero de la Lotería Nacional á quien reconstruya todas las palabras de los ocho versos siguientes, dando un resultado conforme con la composición que se publicará en

Madrid Cómico

el día 27 del actual.

Sustitúyanse cada tres puntos por una palabra.

Para optar á este premio de

Madrid Cómico

es preciso acompañar un cupón á la solución que se presente.

Si fueran varios los que hubieran acertado, se les dará la participación correspondiente en el número del billete.

Pronto se ... en escena
una ... como ... hay dos
nos ... que ... muy buena
... ya ... el ... no ...
Se titula ¡...!
«Los pantalones á ...»
y ... han ... la Cierva
y don ... de ... de ...

Madrid Cómico

regala el billete **Núm. 22.261**

del sorteo de 31 de Diciembre de 1910.

El original completo del verso fué entregado por el director de «Madrid Cómico» y don Benigno Varela al notario de esta corte, don Félix Rodríguez Valdés, que vive Victoria, 2, primero, quien lo deposita bajo sobre lacrado.

El plazo de admisión de soluciones terminará el día 25 del presente mes, á las doce de la mañana. El sobre se abrirá ante el notario, pudiendo asistir los que hayan acertado la solución, cuyos nombres y domicilios se publicarán en el número de «Madrid Cómico» correspondiente al día 27.

CONCURSO

Remíte esta solución

D.

Que vive en



I



DESDE que soy diputado no he pedido la palabra en el Congreso, pero hoy voy á hacer mi debut y á causar con mi oratoria un verdadero escándalo.

—Vamos, Virgilio, tranquilízate y come.

— Parece mentira, Isolina, que en catorce años que llevamos casados no conozcas aún mi carácter. Te digo que

esta tarde, esta misma tarde, pido la palabra y armo un alboroto en la Cámara. El chichón que luce tu madre en la frente, que le han hecho en el teatro de Novedades, es posible que cause una crisis.

—Pero hazte cargo, Virgilio de mi vida, que el guardia que atropelló á mamá no sabía que era suegra tuya. Es posible que la tomara por una enfermera de cualquier hospital.

—Déjate de tonterías. Han herido mi amor propio, y la frente de mi mamá política y mi dignidad de diputado no puede quedar así... Échame un poco de coliflor... ¡Mujer!... Da más pan á ese niño que me está poniendo nervioso con ese llanto.

—Vamos, Virgilio, ten calma.

—Verás, verás mañana los periódicos lo que dicen de mí. Verás qué discurso *largo* á Merino. Con Canalejas no me quiero meter porque en menos de dos minutos me enjareta un discurso; pero Merino, que habla como yo y al mismo tiempo siempre está afónico, vaya si me dirijo á él y mi triunfo es seguro.

Virgilio se levanta de la mesa y va á encerrarse en el gabinete.

Doña Isolina, acompañada de sus cinco hijos y otro más que lleva en su seno, quiere tranquilizar al esposo, pero no lo consigue; los cinco chicos miran aterrados á su papá, y la criada no cesa de decir mientras recoge el hule de la mesa.

—¡Lo que es esta tarde! ¡Valiente disgusto le va á dar mi señorito á Canalejas! ¡Con el genio que tiene! (Se va á la cocina cantando el terceto de las viudas de «La corte de Faraón».)

Canalejas, Canalejas,
no te asustes ni frunzas las cejas.

II

Virgilio, delante de un espejo, ensayando su discurso y las posturas que ha de adoptar en cada párrafo.

—Sí, señor ministro de la Gobernación. Sí, señores diputados; mi mamá política, en el tumulto habido en el teatro de Novedades, fué atropellada por un guardia del des-

orden público, que es así como se les debe de llamar, puesto que cuando ellos llegan es cuando empiezan las carreras siempre que hay algún motin. Esto se debe de impedir, y oponernos á que seamos *agredidos*. No me suena bien esta palabra... Veamos el diccionario. Hache. Hache... Aquí está... Hager. Higiografía. Hagiográficamente... No lo trae el diccionario... ¡Ah, señores diputados!...

DOÑA ISOLINA (Por el ojo de la cerradura).—Virgilio, por Dios, tranquilízate y desabróchate el botón del cuello, que estás congestionado; piensa en tus hijos, Virgilio.

LOS NIÑOS.—¡Papá! ¿Te ha hecho daño la coliflor? ¿Te duele la tripita?

LA CRIADA (En el pasillo).—¡Y que no tiene genio el *arma* mía! Ayer tarde, porque le tiré la bimba sin querer me llamó *salvaja* y *cafra*.

III

Virgilio entra resueltamente en el salón de conferencias.

VIRGILIO.—Pido la palabra.

EL PRESIDENTE.—¿Para qué?

VIRGILIO.—Para hablar.

EL SEÑOR SORIANO.—¡Naturalmente! (Risas prolongadas).

VIRGILIO (Muy azorado).—Digo, para hacer una pregunta al señor ministro de la Gobernación.

EL PRESIDENTE.—No hay palabra. Se ha entrado ya en el orden del día.

VIRGILIO.—¡Protesto!

EL PRESIDENTE.—¡Señor diputado!

VIRGILIO.—¡Es una tiranía!

EL PRESIDENTE (Agitando la campanilla).—
¡Orden!

VIARIOS DIPUTADOS.—
¡Que hable! ¡Que hable!

EL PRESIDENTE.—No hay palabra.

VIRGILIO.—¡Estoy en el uso de mi derecho!

EL PRESIDENTE.—
¡Llamo á su señoría al orden por primera vez!

VOCES EN LA TRIBUNA.—
¡Que hable!

EL PRESIDENTE.—
¡Silencio!

Confusión, campanillazos, chillidos, pisotones en las tribunas, perplegidad en los maceiros; los ministros, asustados, preguntan al señor Canalejas quién es Virgilio, Canalejas no puede contestar por no conocerle; las señoras se abanicaban con agitación. Virgilio, de pie, protesta.

EL PRESIDENTE.—Va á consultarse á la Cámara si debo conceder á su señoría la palabra.

Hecha la pregunta se acuerda, por gran mayoría, que Virgilio hable. Él, entretanto, repasa el discurso en la imaginación; piensa en su señora, en los niños, en el chichón de su suegra, en el diccionario, y aturdido al ver que toda la Cámara está pendiente de sus labios, Virgilio permanece callado.

EL PRESIDENTE.—Se ha acordado conceder la palabra á su señoría.

Virgilio dirige á Canalejas una mirada elocuente y cariñosa y dice con voz apenas perceptible:

—Señores diputados: iba á pronunciar un discurso... efectivamente he venido con ánimo de pronunciar un discurso, tanto que había pedido la palabra... porque tenía algo que decir... (rumores); pero... (fuertes rumores) no tengo más que decir... y me... (rumores tremendos y risas) y me siento.

Los rumores no permiten sentarse al orador, que abandona el salón, ocultándose en el lugar más apartado del edificio.

Hay muchos diputados de esos *silenciosos* que si llegaran á pedir la palabra les sucedería lo que al pobre Virgilio, y sin duda por esto ha fracasado el propósito del presidente del Congreso de conceder dietas, porque no digo que algunos señores diputados *las ganarían* con su trabajo, pero hay muchos que ni aun echar cartas gratis se les debía de permitir... porque no sirven para nada.

Emilio TABOADA



—Mujer, vístete corriendo, que te va á pillar en camisa.
—¡Toma! Pues eso es lo que quisiera él.



PEQUEÑECES

Procura amar á Dios, pero pensando
que has de atenderme á mi de vez en cuando.

De sabios es mudar de pareceres;
antes, esa mujer fué mi alegría,
hoy, saciado mi amor, la cambiaría
por el amor vulgar de otras mujeres.

Libertad me ha dicho en broma
que sabe, punto por coma,
todas mis debilidades...
¡y es que Libertad, se toma
muchísimas libertades!

Guardo todas tus cartas, vida mía.
¡Qué curso, santo Dios, de ortografía!...

Prueba á besarme, Amparo, y ten presente
que, dado el primer beso, es evidente
que no hay término medio en el amante:
ó evita la ocasión á cada instante...
ó tiene que besar constantemente.

Como los toros bravos
es mi morena;
se revuelven furiosos
sobre la arena,
luchando mueren...
¡y cuanto más los pican
más puyas quieren!

¿Qué no te importa que te llamen fea?
¡Déjame, Encarnación, que no te crea!

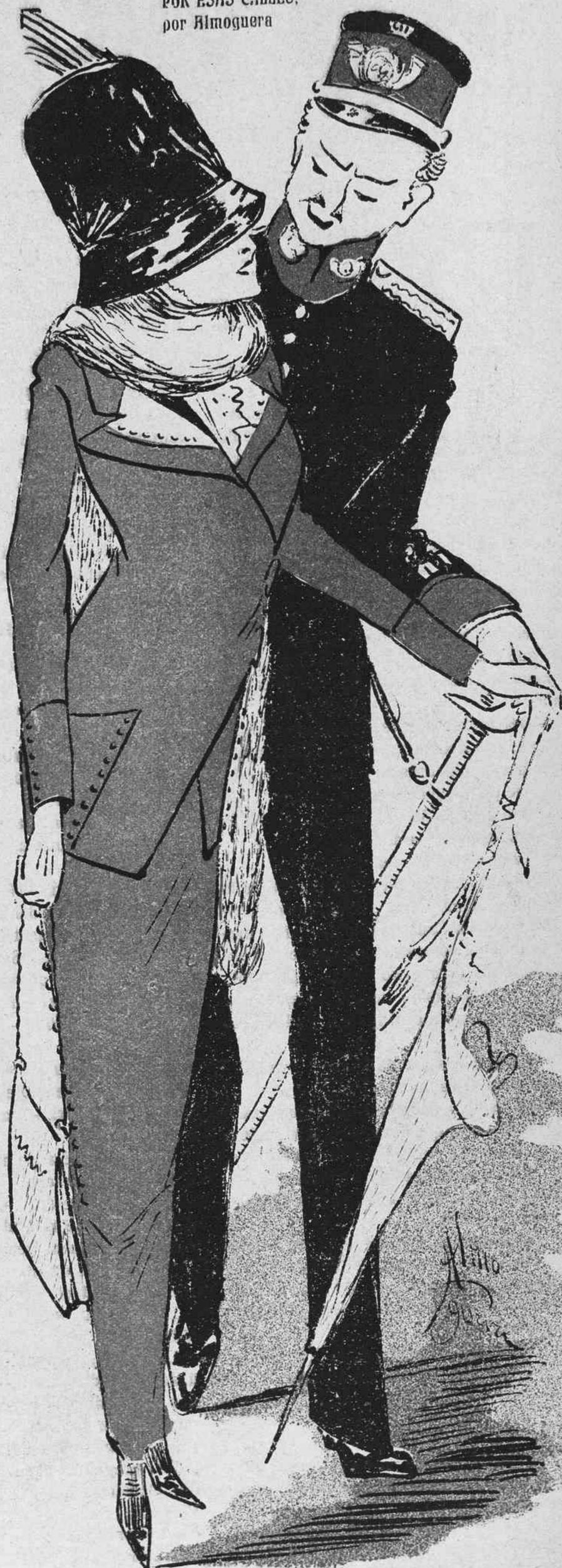
Se enfadó la inocente,
y al darla un beso me llamó insolente.
Luego, ¡oh, mudanza extraña y misteriosa!
sintiéndose prendida en un abrazo,
me miró entre asustada y ruborosa,
y me llamó entre dientes bribonazo.

Siendo tu mejor amigo,
no te ofendas si te digo
que si tu quieres, Inés,
he de casarme contigo...
por dos semanas ó tres.

La pobre Rosalía que algún día,
si su tía faltase, heredaría
su renta, que á cualquiera le conviene,
á despecho y á espaldas de su tía
se va á casar con Juan el mes que viene.
¡Cosas de Juan, que, por lo visto, tiene
ganas de fastidiar á Rosalía!

Ramón ASENSIO MAS

POR ESAS CALLES,
por Almoquera



—Sí, sí; eso dicen ustedes todos, pero luego...
—Luego... ¿qué?...
—Todo se reduce á unas simples maniobras, y el matrimonio
no es más que un supuesto táctico.

DEL GRAN TEATRO



LAS ROMANAS CAPRICHOSAS (Apuntes del natural, por Fresno.)



EL CUICNOLE DE LOS ILUSTRAES

SU SEÑORIA EL SEÑOR CHÁTEZ

Gravita sobre mi conciencia un formidable y ridículo remordimiento. Este remordimiento es el de haber tomado una vez en serio á ese personaje de *guignol* que se llama don Rodrigo Chátez de la Albufera.

Bueno; vosotros, lectores míos, no conoceréis seguramente al señor Chátez. Yo le llamaba Rodrigo Soriano hasta un día que Azzati me lo dijo en París. Pongo en conocimiento tuyo, lector amable, que Félix Azzati, es el hombre más hidalgo, noble, leal y valiente que se aposenta en los escaños de la minoría republicana. Este compañero queridísimo sólo tiene para mí un leve defecto, el de venerar á Lerroux.

Pues bien: Félix Azzati me dijo un día en París, hablando de Soriano:

— Pero, ¿crees en la virilidad de don Rodrigo? Calla, tonto. Ese calzorro sólo tiene la virilidad en las narices. Para conseguir don Rodrigo que huya uno de sus adversarios, sólo tiene que ponerlo al alcance de sus narices. Si alguna vez te hallas cerca de él, huele y verás como sales más que corriendo.

Y era cierto, sí, ¡terriblemente cierto! Una noche, mi entrañable camarada Manolo Bueno, convidábanos á unos cuantos amigos en el Kurssal del Frontón. A mí me tocó sentarme junto á don Rodrigo Soriano. Y, antes de beber un sorbo, me mareé. Y me asaltaron unas bascas terribles. Y... el tufillo que salía de las narices del gran revolucionario, hizo que también se revolucionaran mis tripas. ¡Uf, que peste! Aquello era un sumidero ambulante.

Tal vez indigne lo que voy á escribir á esos admirados amigos míos y escritores que trabajan en el periódico del señor Chátez. Yo lamentaría que los inteligentes hermanos Vivero se disgustasen conmigo y quisieran defender á quien no tiene suficientes bríos para defenderse á sí propio. A mí me parece un absurdo que nadie se bata por un chato. Por un chato de montilla me parecería encantador darse de *mamporros*. ¡Pero por un chato como el del Escorial! Vive Dios que tal cosa merecería ser castigada con unos azotes.

Y don Rodrigo, cuando no puede batirse con capitanes generales, con ministros, con gente de relumbrón; cuando le buscan hombres como Félix Azzati, Rafael Esbry, Francisco Villanueva y... otros, que van decididos á jugarle con él un cacho de corazón,

se pone la chichonerita y elude todo compromiso caballeresco. Pero como la dignidad del periódico lo impone, procura enzarzar al director con el temible adversario que ofende á la gerencia.

Yo apelo al testimonio del ilustre periodista Cristóbal de Castro, quien hubo de batirse con Rafael Esbry, porque á don Rodrigo infundióle pavora el director de *El Ejército Español*. La noche anterior al duelo de Castro con Esbry, estaba yo en la casa de la calle de Cedaceros, que oficiaba de ratonera del señor Chátez. Don Rodrigo, no se atrevió á salir hasta que Castro batióse. Y no se atrevió, porque había jurado Esbry aporrearle donde le hallara. Tuve que marcharme aquella noche más que de prisa del lado de don Rodrigo. Todo el miedo del señor Chátez se había refugiado en sus narices; me parecieron más terribles las fosas nasales de don Rodrigo que la espada del señor Esbry.

Al señor Chátez de la Albufera, se le juzga, por los candorosos, como á un hidalgo de capa y espada, cuando es un señoritingo vicioso con pinta de chulete. Pero ¡qué chuleta!, digo, ¡qué chulete! Se pone en jarras en el Parlamento y chilla injuriador. ¿Contra quién? Contra los ministros, tan solo contra los que pueden proporcionarle un duelecito con reclamo. ¿Contra los que le pueden quitar de un sablazo la exigua pelotita nasal que tiene junto á los ojos? ¡Quíá, hombre, quíá! Contra esos, ¡las magras posaderas!

Y cuando se bate con algún ministro, en busca de *la reclame*, tiene que purgarse al volver del terreno. Yo ví también al señor Chátez de la Albufera el día que se batió con el general Linares. Y aquel día, el rostro abotargado de don Rodrigo, tenía livideces de muchachita tuberculosa.

Pero, ¿á qué seguir contando bizarrías del señor Chátez? Ahí va, para muestra, el último botón. Se lo brindo éste al señor Soriano. Y, encarándome con él, le digo:

— Escucha: ¿No es cierto que á Alejandro Lerroux le pusiste cual digan dueñas? ¿No fué tu pluma la que más fustigó al emperador del Paralelo? ¿No te parecía sugestivo cuanto escribiáse contra Lerroux la víspera de las últimas elecciones de diputados? ¿No pensabas hacer una campaña terrible contra Lerroux, dos días antes de tu triunfo madrileño? ¿No te parecía entonces digno de loa todo cuanto escribiérase contra don Alejandro? Sí ¿eh? Pero después de conquistar tu acta, lo pensaste mejor. ¿Ibas á indisponerte con Lerroux, cuando también era éste diputado y tenía un rotativo madrileño frente al tuyo próximo á *diñarla*? No. Don Cuquendi, el sabio inspirador de

todas tus livianas trapacerías, te aconsejó. Y realizaste, lo que nadie puede realizar sin perder la chapa hombruna. Le pediste á Lerroux perdón. Y éste, ha demostrado tener más amor que tú á esa chapa, otorgándote su perdón de una manera despectiva. ¡Qué bravo eres, ilustre Chátez!

Voy á terminar, contando la última y revolucionaria postura del señor Chátez. Los periódicos publicaron hace meses un suelto, diciendo se subastaría en Octubre el diario del cual es gerente don Rodrigo. Yo sentía que le *birlaran* al señor Chátez su tribuna. ¡Me regocija tanto con sus piruetas de plumífero batallador!... Casi estuve por brindarle á don Rodrigo mi protección, recomendándole á un vigoroso caballo blanco que le sacara del aprieto.

Mas ved por donde, las narices minúsculas del señor Chátez, olfatean y hallan la salvación del periódico agonizante. ¿Dónde? ¡Ay, amigos míos! ¡Sobre los despojos de una monarquía!... França Borges, se lo indicó á don Rodrigo cuando aquél estuvo en España.

— En Lisboa puede usted encontrar al salvador de su periódico. Vive allí un señor llamado Francisco Grandella, comerciante que tiene más millones que pelos. Y es un pródigo, un romántico, uno que regala millones como si fueran caramelos.

Y don Rodrigo, al triunfar la revolución portuguesa, se marchó á Lisboa. Y allí entonó varios himnos al señor Grandella. Y en un banquete habló el señor Chátez así:

«Hubo repúblicas italianas, en que los comerciantes eran los grandes artistas y los grandes revolucionarios. Grandella, reunió toda la belleza de los Médicis italianos; es el representante de ellos.»

Y el señor Grandella, el Médicis portugués, salvó al ilustre señor Chátez. Los que deséis comprobar estas minucias que me contó un íntimo del señor Chátez, podéis buscar la gaceta de la cual es gerente. Y veréis que allí, en la cabecera del periódico donde la palabra *gerente* brilló por su ausencia durante año y medio, apareció nuevamente, á los dos días de regresar el señor Chátez de Lisboa.

Seguramente, don Francisco Grandella, poseedor de innumerables contos, rectificará este noticia sensacional. No importa. Los admiradores del señor Chátez de la Albufera, pueden prodigar sus elogios al Médicis portugués.

Y el señor Chátez, triunfante, con su gerencia á salvo, podrá otra vez increpar á los ministros, mientras los compañeros de la minoría, donde bulle don Rodrigo, se tapen prudencialmente las narices...

Benigno Varela



≡ CORRESPONDENCIA DE UN ESTUDIANTE ≡

Mi queridísima Rocío: Ya me figuro lo que te habrás divertido en los festejos organizados en esa, con motivo de la imposición de la corbata de San Fernando al batallón de Alfonso XII. Y ahora que hablo de corbatas: te anuncio que tan sólo tengo una carmelita, que se le pueden contar los hilos. Esto quiere decir que, cuando puedas, me bordes un par de esas tan coquetonas que tú sabes hacer con tanto primor.

Y vamos a otra cosa: en la última te decía que, en nombre de nuestro cariño, procures tener el menor contacto con tu primo carnal, Eloy, con ese boticario antipático que siempre está pegado a tus faldas. Tú ya sabes lo que es Sevilla, que todo se comenta y de todo se murmura...; y, en fin, que no quiero que nos *dore* la píldora el boticario de marras.

Yo, como sabes, siempre con mi Derecho a cuestas, procurando estudiar para no comer cucurbitáceas.

Me disgusta digás que yo andaré por aquí tras alguna chica que me guste. Yo te juro que ahora con esta moda de ponerse un gorro no me gusta ninguna. Yo no sé si por Sevilla los lleváis; pero ojos que no ven... Indudablemente era más bonito el colosal sombrero, aunque yo en esto estoy con tu hermana Lola, que prefiere la cabeza libre.

Que no olvides un momento el inmenso cariño de quien, por ti, lucha con el Romano.

Un millón de lo que tú sabes, de tu
ROBERTO.

Sr. D. Servando Fuchina.

Sevilla.

Querido amigo: Ya iba siendo hora de que contestase a la tuya; pero un día la falta de sello y al otro un poquito de galbana, me ponían en el grave aprieto de no poder contestar al juerguista mayor de Andalucía.

Por este mismo correo le escribo a mi novia, riñéndola por la estrecha amistad que tiene con su primo. Te ruego que sigas vigilándola para luego comunicarme lo que veas. Ya que no es la rubia ni la morena, sino la castaña: procura no confundirla con alguna de las otras dos hermanas y vaya yo a tirarme una plancha más grande que la de Badajoz. Y si quieres que te diga la verdad, esto del color es lo que más me preocupa, pues cuando vaya yo a pedírsela a sus padres, forzosamente me tendrán que dar la castaña.

Por aquí, de novedades andamos bastante mal. Ya sabrás que protestamos *Luz en la fábrica*. Yo, aunque no soy de medicina, por solidaridad acudí al teatro; y aquello fué el fin del mundo. Para justificar el título de la obra, se repartió *candela* en grande; hubo cada leñazo que encendía el pelo. A la señal de un individuo que llevaba una

pistola —aunque según dicen era un puro— se llenó el teatro de guardias. ¡Por todos lados se veían cascos! A mí un *guiri* me dió un sablazo de nueve pesetas, pues me destronzó el hongo. ¡Lástima que no hubiera sido venenoso!

Méndez Alanís, ya dimitió. *Dimi* tú si no tenemos motivo para estar contentos: aunque si quieres que te diga la verdad, lo he sentido, porque me fué simpático a última hora. El mismo escribió la dimisión y nos la puso en la mano, dando un gran suspiro. ¡Qué escena! Allí hubo guardias que salieron con el machete enternecido.

Esto es cuanto tengo que manifestarte, y lo hago exponiéndome, pues ya sabrás que el gobierno prohíbe *las manifestaciones estudiantiles*.

Que te jaranees mucho, y un abrazo de tu amigo,

ROBERTO SOLETILLA.

Por la copia,

J. GARCIA DEL CAMPO

!!! Otro artículo sensacional!!!

de Benigno Varela, se publicará en el próximo número de «Madrid Cómic». en la sección

EL GUIGNOL DE LOS ILUSTRES

También insertará una información de Eduardo Santibáñez

Las «virtuosas» del café de «La Paz».

y otros artículos de gran interés.

≡ Y va de cuento ≡

En un *restaurant* famoso que ya no existe, por cierto, pero del cual mucha gente conserva grato recuerdo, reunieron una noche cuatro reyes del comercio, célebres por sus riquezas, y célebres por su genio jovial, franco, campechano, alegre y dicharachero.

Aun cuando cualquier motivo era pretexto para ellos de un banquete, éste tenía justificado el pretexto, pues celebraban los cuatro un negocio de tal éxito, que al final los *cabarrús* pudieron contar por cientos.

No es de extrañar, por lo tanto, que fuera el banquete regio y como buenos *gourmants* y como *gourmets* muy buenos, no escatimasen las marcas

de los vinos, por sus precios.

Y no es de extrañar, tampoco, que una vez a medios pelos, por los placeres brindasen que proporciona el dinero; que es indiscutiblemente casi el rey del universo.

—Porque convengamos todos —vociferaba uno de ellos— que a nadie le falta nada cuando le sobra dinero, y en cambio como falte éste todo se nos vuelve duelos.

Por lo tanto, yo os propongo una cosa: que al primero de nosotros, que se muera se le den doscientos pesos, que se irán al otro mundo en la caja con el muerto.

—¡Bravo!

—¡Excelente!

—¡Muy bien!

—¿Lo haremos así?

—¡Lo haremos!

Como en este mundo todo pasa, también pasó el tiempo, y transcurridos dos años de aquel acontecimiento, uno de los cuatro amigos entregó su alma al Eterno.

Los otros tres, aunque tristes por la falta de uno de ellos, en el *restaurant* famoso, otra vez se reunieron, recordando del difunto, sin cesar, los actos buenos que tuvo en vida.

—Era el pobre

—decían—un caballero.

—Era un amigo excelente.

—Y honrado.

—Y fiel.

—¡Un modelo!

—Y pensar que aquí estuvimos juntos los cuatro...

—Por cierto,

que hicimos una promesa.

—Yo cumplo lo que prometo, y las mil pesetas puse en oro.

—Pues yo le he puesto en plata doscientos duros.

¿Y tú?

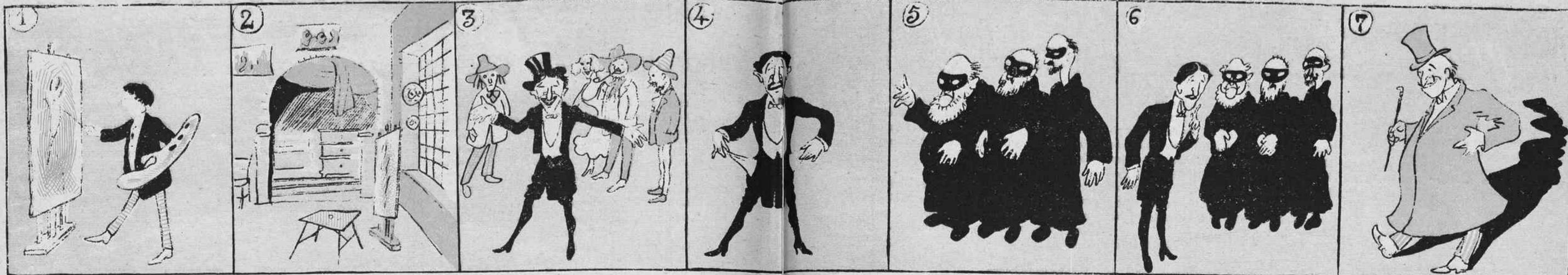
—Yo—dijo el tercero—

pensando mejor la cosa, recogí los cuatrocientos duros, en oro y en plata, que vosotros habíais puesto, en su lugar, y a su orden, hice en cheque de seiscientos, que se lo firmé con cargo a mi casa de comercio, y llevó, lo que dijimos: tres mil pesetas, sin peso.

César PUEYO

ALELUYAS DE EL CONDE DE LUXEMBURGO

(APUNTES RÁPIDOS, por F. Ramírez.)



1 Armando, fino y atento, pinta un cuadro con tiento.

2 Por el aspecto se teme, que esto sea una Bohème.

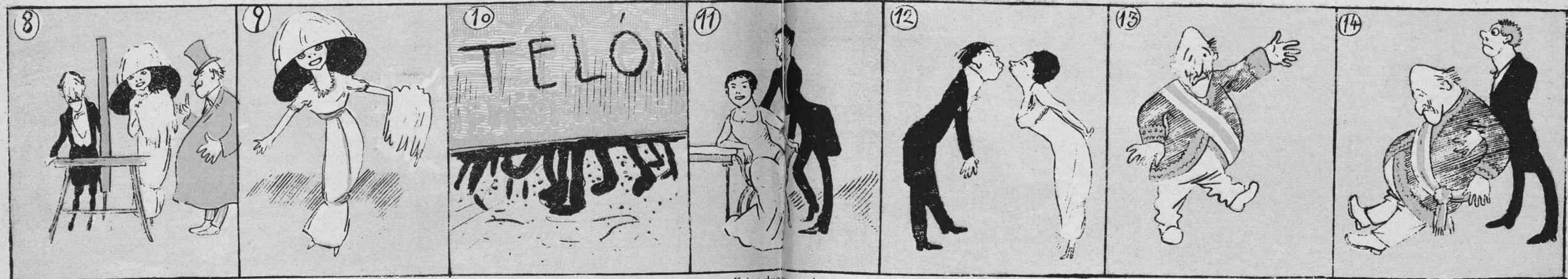
3 Llega en el mixto de Hamburgo, el conde de Luxemburgo.

4 Como es un poco poeta, viene sin un peseta.

5 Tres señores desahogados, se presentan disfrazados.

6 Le ofrecen su salvación, dándole medio millón.

7 Sale el príncipe Basilio y nos coloca un idilio.



8 El conde acepta la boda, por cierto a la última moda.

9 Angela no ha conocido al que va a ser su marido.

10 Ya resuelta la cuestión, hay juerga y cae el telón.

11 Estos dos enamorados son dos príncipes alumbrados.

12 Y estos otros dos camuesos, no hacen más que darse besos.

13 Así el príncipe se escama y está que a los cielos clama.

14 Al saberse lo ocurrido, al pobre le da un vahído.



15 Sale la Carmen Andrés, tan... superior como es.

16 Con la canción del sombrero, se sofoca hasta el bombero.

17 Surge la señora Natalia, más seria que una sandalia.

18 El príncipe hace un lío, porque es un poco perdido.

19 El conde, con la Didier se casa, y luego a comer.

20 También Armando y Julieta se casan... ¡y a la opereta!

21 Y el público divertido se marcha por donde ha venido.



Se ha celebrado la segunda conversación literaria en el teatro de la Comedia. La entrada era de pago, y á pesar de este pequeño inconveniente, la sala presentaba el aspecto de las grandes solemnidades, como diría el señor Arimón.

Zahonero hizo las delicias del concurso con sus paradojas y sus detonancias; nos descubrió que posee en el interior de la cabeza una *tortilla pensante*. Yo le felicito por esa excelente tortilla que ha producido libros admirables y pintorescos discursos.

Después, don Luis Bello hizo una delicada conversación: sutil, irónica y muy intelectual. En calidad de ilustraciones comparecieron unas cuantas bailarinas y cupletistas, y una de éstas, la opulenta señorita Vicente, indignó al concurso con el cuplé *La tetera*, cosa que la robusta señorita presentó con gran propiedad, rozando mucho la moralidad de los señores que sisearon, considerando el espectáculo indigno é inadmisibile. Estas reflexiones morales son de un honesto crítico, cuyo pudor se sublevó considerablemente.

El pacatismo de cuantos sisearon á la cupletista, á más de hipócrita me parece descortés. La señorita Vicente tuvo la galantería de prestar su concurso á la *matinée*, y el público tenía el deber de respetar su trabajo. Por tirárselas de muy fino se puso al nivel del público del coliseo del Noviciado. Fue, además, una prueba de incomprensión, se trataba de un número de *cine*, al natural, y no preparado para el teatro de la Comedia. Y lo gracioso es que esos ancianos severos y esos señores que protestaban, porque iban con sus castas esposas, se marchan después, solos, á ver «La dormida» y «Dale con el 606», y se ponen congestionados de gritar: ¡La pulga! ¡La pulga!, y quieren asaltar el escenario en un desbordamiento de ardor... moralizante.

En el teatro Martín se ha estrenado una cosa titulada «El pueblo soberano», inspirado en *Los miserables* de Víctor Hugo.

Los autores, señores Soler y Burgos, le habrán hecho pasar un mal rato al poeta de *Notre Dame de París*, allá en las eliseas latitudes, con tal nefanda profanación. ¿Ustedes creen que *Los miserables* es una novela admirable?—habrán dicho estos saltatumbas literarios — pues nosotros vamos á demostrar que es un melodrama repugnante y folletonesco. Y yo les felicito á esos señores, porque lo han conseguido.

Las sensibles verduleras de la plaza de San Ildefonso deben de sentir un profundo desdén por el padre Hugo, *el emperador de la barba florida*, todo por obra del cinismo y de la incomprensión de los mencionados profanadores.

Me parece abusivo destrozar un libro

como *Los miserables*, dando de lado la grandeza moral, la inmensa misericordia, el calor de humanidad y la poesía que palpitan en sus páginas, para fraguar un libreto absurdo, sin emoción, anulando personajes, trastrocando caracteres, desviando el asunto, degollándolo á la mitad y titulándolo arbitrariamente «El pueblo soberano». No creo que las pesetas de los derechos justifiquen esas tropelías.

El público, probando un admirable gusto estético, no va al teatro.

Yo opino que en los códigos debía de haber una sanción penal para esta clase de sacrilegios artísticos.

Los autores de otra obra estrenada en *Novedades*, titulada «Luz en la fábrica», también merecían un correctivo, algo así como un par de quincenitas, por ataques al buen gusto y al sentido común. Uno de los personajes decía en un rapto de socialismo estulto, que «los cadáveres de los pobres, sirven para que los médicos aprendan á curar á los enfermos ricos».

Los estudiantes de Medicina se indignaron, y proveyéndose de tomates, pepinos y patatas, fueron al teatro á protestar en nombre de la cultura. Los guardias no quisieron ser menos cultos y repartieron unos cuantos sablazos muy pedagógicos. Lo único agradable de este lance es la dimisión del señor Méndez Alanís, aceptada con gran regocijo por el Gobierno.

Y reflexionando sobre esta tramoya de viceversas, resulta que ninguno de los personajes de este sainete tenía razón. He aquí una casi epopeya, por un latiguillo de mitin.

En un número atrasado de *El Debate*, leo una crónica de Adolfo Rubio, titulada *Miedo*. Y crean ustedes que me ha dejado perplejo la sutileza del cronista.

Tratábase de aquel jesuita que murió de terror en los días revolucionarios de Portugal, y, ¿por qué suponen ustedes que falleció de pánico el religioso mencionado? Parece lo más lógico que sintiera miedo por sus carnes reverendas, al ver que los populares llegaban decididos á quitarle la cabeza; pues no señor, sólo sintió miedo considerando que los herejes iban á condenar su alma al cometer tal frailicidio.

¡Qué modelo de altruismo el del padre, y qué prodigios de equilibrista los del folclórico católico!

Este señor Rubio es un joven inteligente y emprendedor, que una vez decidió irse á Grecia á pie, en unión de un escultor amigo suyo, aunque, por ironías del azar, no consiguieron pasar de Aranjuez.

Hay destinos crueles, y la fatalidad le persigue al inteligente piruetista de *El Debate*.

En vez de las brisas helenas el tufillo de sacristía y croniquitas con censura eclesiástica. ¡Oh, los grandes hombres malogrados! ¡Oh, el estupendo viaje á Grecia, digno de Tartarín!

El señor Legua es dibujante, pintor y literato, y en su libro «La alegría de Montmartre», ha trazado muy pintorescos cuadros y muy juveniles y sentimentales escenas de ese retablo absurdo, extrasocial é imprevisor, cuyos hilos de encanto mueve la señoría Bohemia.

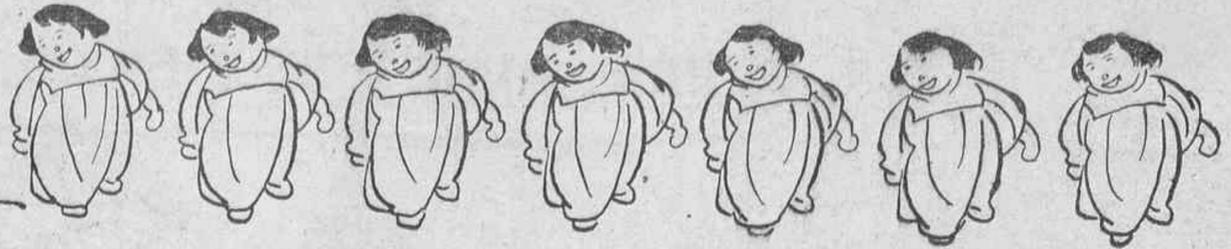
Tiene este libro cierta fragancia y cierta ingenuidad muy agradables. El prólogo es del señor Arniches, y dice que «este libro es tan gracioso, que leyéndole se tumba uno... y no se queda dormido como pasa con otras obras festivas».

El señor Arniches, siempre tan ocurrente y tan espiritual...

Emilio Carrere



FRANCISCO LEGUA



una rubia que están deshechas por sus pedazos.

—¿Entre una morena y una rubia? Don Inocente: Usted se quiere chungalear de mí. ¿Acaso es don Benito el don Hilarión de *La verbena de la Paloma*?

—Antes sólo turbaban sus digestiones Tomás Romero y Rodrigo Soriano, cuando le decían: «Usted será el futuro presidente de la República española». Don Benito, que tiene un poquitín de vanidad, sólo pensaba en la presidencia y en el día que hiciese representar a *Electra* en uno de los salones de Palacio; en el día redentor en que ya no redactara misivas para los mitfins. Pues bien; todo se lo hemos destrózado. La tranquilidad, la presidencia y el amor. La morena y la rubia, que no enteráronse hasta ayer lo de



LA PRISION DE SANTIBAÑEZ

ENTRE UNA MORENA Y UNA RUBIA



MARIETA. Me pones al rojo.
—Marieta. Te apuñalaría con el punzón que tengo en la boca.

—Marieta. Como no te quites esa blusa van á tener que intervenir los polizontes.

Y Marieta, graciosamente provocativa, soporta el diluvio lascivo que lanzan sobre su cuerpo redondo los terribles y galanes parroquianos. Yo tengo admiraciones para todas las Marietas que me

sirven café. Aunque todas, desde que inauguré en MADRID CÓMICO esta sección me insultan, me zarandean y me amenazan con sus adorables uñitas. Y hasta cierto punto encuentro lógicas sus indignaciones. Fresno, el más genial de los caricaturistas, el que hace maravillas con el lápiz, escuchará un día la protesta de todas las camareras por él donosamente caricaturizadas. Y al frente de las camareras, dirigiendo el motín contra nuestro ilustre dibujante, iré yo. Pues qué; ¿acaso puedo permitir que Fresno abuse también de mi fisonomía? En el número anterior, ¿no tenía yo el mismo perfil que un patibulario? ¡No hay derecho, qué diantre, no hay derecho!... Voy á decir á nuestro dibujante que saque á estas chicas de la cervecería de Candelas muy guapetonas. Marieta, Juanita y Asunción podían haber servido de modelos á quien pintó «La maja desnuda». Bien es verdad que estas deliciosas muchachitas no van á desnudarse para que Fresno haga una barbaridad con el lápiz.

Me saca de las divagaciones una voz conocida:

—Pero, Santibañez: ¿Aun se halla usted en libertad?

Me vuelvo asustado. Es don Inocente, que se sienta junto á mí. Comienza á charlotear, trémulo:

—Pero, ¿no sabe usted nada? ¿Ignora que don Benito le busca hoy para mandarlo detener donde quiera que lo encuentre?

Un temblor angustioso se apodera de mí. El miedo hace castañetear mis dientes. Miro á todas partes, aterrorizado. ¿Por dónde podré huir? Las palabras de don Inocente siguen aumentando mi pavora.

—Lo he sabido esta mañana por Tomás Romero. Usted ya conoce á Tomás Romero, al gran revolucionario Tomás Romero, al



sugestionador de multitudes Tomás Romero, á...

—Don Inocente; no adjetive tanto y hable pronto, que peligra mi libertad. ¿Por qué se me quiere meter en la cárcel?

—¡Yo qué sé! ¡Chifladuras! Creo que este descubrimiento amorioso originó un gran conflicto sentimental. Figúrese usted que don Benito se halla hoy entre una morena y

que publicó usted en MADRID CÓMICO, han dicho, desesperadas, que iban á beber lejía. ¡Qué apuro para la conciencia de don Benito, que la tiene tan estrecha! Yo voy á marcharme ahora mismo de Madrid. Le aconsejo á usted que también se vaya. El futuro presidente de la República española juró escarmenarnos. Adiós, adiós. No se puede perder ni un minuto. Don Benito debe hallarse buscándonos por todo Madrid.

Don Inocente me da, tembloroso, la mano. Yo no tengo bríos para balbucir la despedida. El miedo me pone en la garganta otra nuez.

—Adiós, Santibañez. Que tenga suerte. ¡Y huya esta misma tarde!

Se marcha don Inocente, tropezando con los veladores. Llamo para pagar:

—Marieta.

—¿Se va usted? ¡Cuidadito con que me saquen feal! ¡Le juro á usted que le arañó!

¡Esto más!...

Salgo veloz de la cervecería. Voy en busca de un automóvil para que don Benito no logre su intento

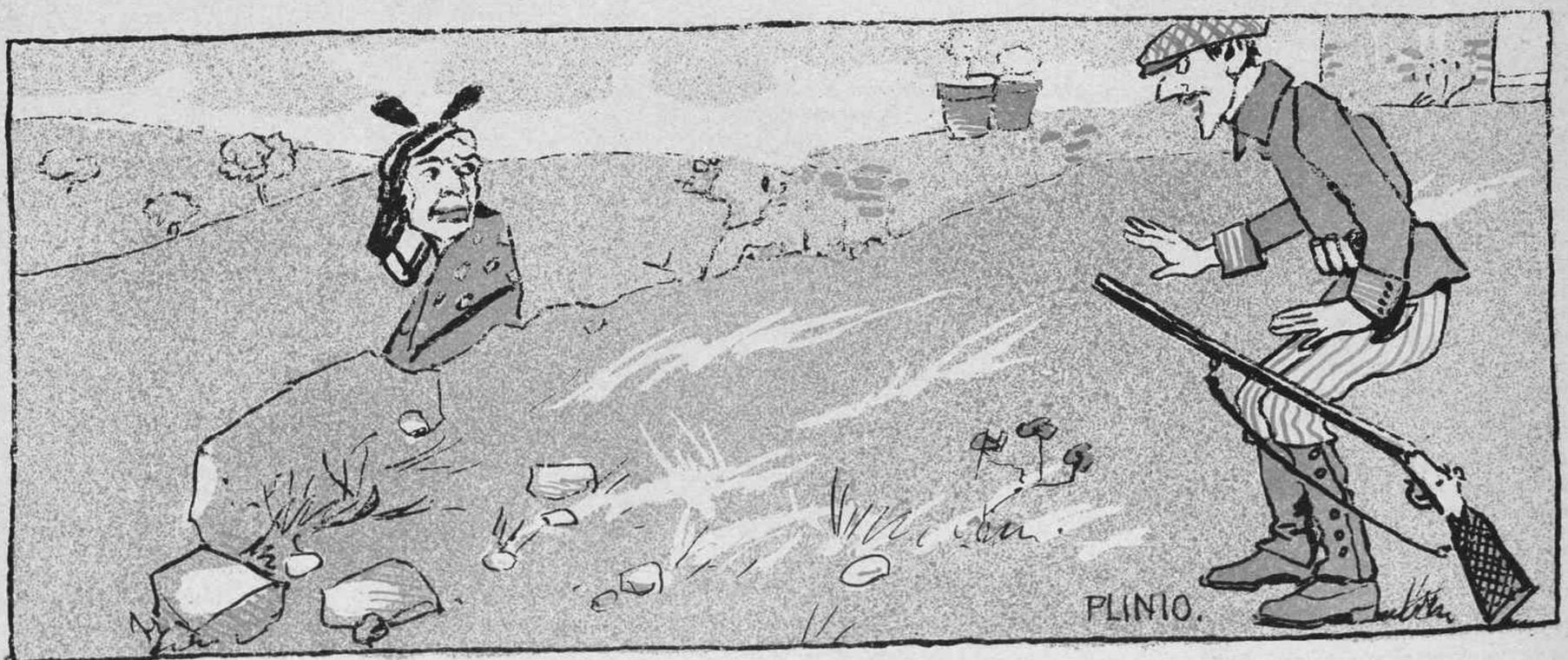
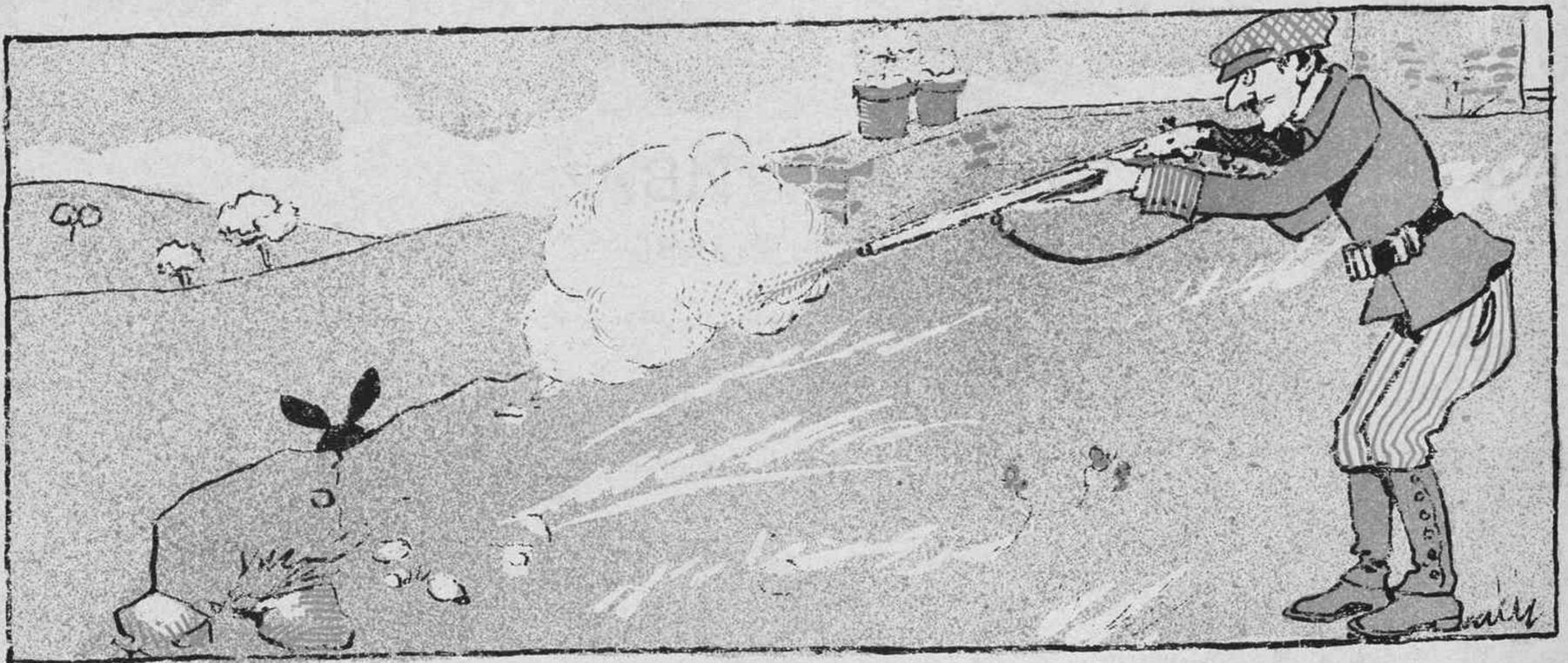
«Querido director: Desde la comisaría le mando las anteriores cuartillas y estos renglones. Al salir esta tarde de la cervecería de Candelas, escuché un vozarrón: «Dese usted preso». Y me vi cogido por un municipal que exclamó: «Venga conmigo á la comisaría; lo manda prender aquel caballero». Miré y... ¡vi á don Benito!

«¡Qué desgracia tan grande, querido director! Mándeme polvos insecticidas para limpiar mi celda de la Cárcel Modelo.

«Suyo cariñoso reporter que llora desconsoladamente,

Eduardo SANTIBAÑEZ»

DONDE MENOS SE PIENSA...



PLINIO.

(HISTORIETA SORDOMUDA, por Plinio)

AL AMOR DE LA LUMBRE, por Almoguera



—¡Ríete de la calefacción por vapor!
—¡Toma!, y de esa que llaman del aire comprimido.
—Oye tú; como aire, sí que corre.

EL CONDE DE LUXEMBURGO

(A mi excelente amigo, el excelentísimo maestro Vicente Lleó)

El mérito no se esconde:
De ello el triunfo nos responde,
y, desde Madrid á Hamburgo,
en el Arte, no hay más conde,
que *El conde de Luxemburgo*.

El libro, que es muy bonito,
y está bien arregladito,
adornaste con tus notas,
y el *Café Lehar*, con gotas,
ha resultado exquisito.

El éxito te acompaña,
y, mira si serás diestro,
que tu habilidad extraña
supo mezclar *sal de España*
con *la miel* del gran maestro.

La empresa es morrocotuda
y hace falta Dios y ayuda
para ganar la partida
con *el padre de la viuda*
más alegre y aplaudida.

La ópera, en su ejecución
confieso que es un idilio.
¡Olé! por la dirección,
y ¡¡olé, el príncipe Basilio!!
que no es *Peña*, es un *Peñón*.

Julia, resulta hechicera;

Juanita está de primera,
y hay que oír á la *Juanita*;
¡La *Carmen* es más torera
que el *Machaco* y el *Bombita*!

¡La alegría del tendido...!
¡y, *ciñéndose*, hasta allí!
¡Qué suerte la que ha tenido
esa empresa...! ¡Haber reunido
tres mujercitas así!

Las tres en el escenario,
te dan llenos á diario.
La fortuna es loca y ciega.
¡Con *buen naipe*, bien se juega,
señor maestro empresario!

A un refrán, que desde hoy sobra,
el éxito que os embriaga
da el mentís con esa obra.
Ya no es *el conde el que paga...*
¡Ahora, *el conde es el que cobra!*

Hace algunos años ya,
cuando *tu arranque* admiré,
dije...: «¡Ese maestro, va!
¡El buen *Lleó*, llegará,
pero aun le falta la *g!*...»

Hoy, tu voluntad constante
y tu esfuerzo de gigante,

te abren paso, buen Vicente:
¡Venga esa mano, valiente,
que tienes *otro* delante!

¡Cuando lo profeticé,
qué razón tenía yo...!
¡Escribe, y lucha con fe...!
¡El maestro *Lleó*, llegó...!
¡Ya no le falta la *g!*

Buscando seguro Norte,
con *el conde* tropezaste,
y por su gracia y buen porte,
con *Cadenas* amarraste
el triunfo en la villa y corte.

Con ese conde en la escena,
triumfaste en lid ruda y brava,
y yo, sin miedo ni pena,
te nombro *duque de Eslava*,
¡y, qué sea enhorabuena!

Tú tendrás para el verano
automóvil y *aeroplano*,
porque ser rico mereces.
¡Vicente, venga esa mano...!
(y, con ésta, van dos veces.)

José JACKSON VEYAN

Noviembre 1910.



EL CONDE DE LUXEMBURGO

ARGUMENTO COMICO



ARMANDO es un joven pintor que aspira, como todos, á obtener una primera medalla confiando, ¡infeliz!, en que el Jurado le hará justicia.

En su bohemio estudio del Barrio Latino se celebran pequeños ágapes de última novedad, que consisten en que cada invitado lleve, además de su cena, una silla, porque en los bohemios estudios generalmente el mobiliario no es un artículo de primera necesidad.

Esta es la llamada cena de Pierrot, ó también la de

Antón, Antón,
Antón Perulero;
cada cual, cada cual,
atienda á su juego.

Gracias á esta martingalita, Julieta, la pudorosa modelito de Armando, una muchacha antifotogénica y antisicaléptica, refractaria al tacto, pero muy reconstituyente, y el pintor cenan aquella noche de Carnaval, porque estamos en Carnaval, y en el domingo grueso ó gordo, á elegir.

Los amigos y compañeros en bohemia de Armando se presentan en el estudio acompañados de sus respectivas amiguitas, y llevando algunos la cesta con las provisiones.

En pleno ki-ki-ri-ki hace su triunfal salida el conde de Luxemburgo, aristócrata de ilustre alcurnia, con timbres en toda la casa, pero que actúa de *boquerón* en los actuales momentos, por haber derrochado alegremente lo que le dejaron sus papás (q. e. p. d.)

Los bohemios tributan al golfo aristocrático un entusiasta recibimiento con vivas y otros excesos.

El conde se queda solo unos instantes, reflexionando sobre el vencimiento de uno de sus infinitos pagarés, y es sorprendido en sus equilibrios cabalísticos, por tres señores enmascarados que le proponen un negocio magnífico: ¡casarse con una chica guapa, sin ninguna raspadura en su honor! por lo que le darán en el acto la tontería de medio millón de pesetas.

El conde duda; no sabe si se trata de alguna bromita de Carnaval, ó si los enmascarados vienen en representación de la agencia matrimonial de don Felipe, donde todas se casan, según afirma el propio cosechero.

El conde pide unos minutos para decidirse.

Entonces surge el príncipe Basilio, una especie de pollo Tejada, en género infeliz, que pregunta á los tres disfrazados si aceptará el joven aristócrata.

El príncipe Basilio le propone francamente al conde el negocio. Es muy sencillito. El príncipe Basilio tiene sorbi-lo el poco seso que le quedapor una *mezzo-soprano* que

interpreta la *Carmen* en la ópera, con más voluptuosidades que la Say, pero no puede casarse con ella, que es su único é innecesario deseo, por su condición de príncipe ruso, pues el zar prohíbe á los príncipes todo matrimonio que no sea con una mujer de parecido rango. Para satisfacer su deseo y no quedar mal con el zar, que le tiene apartada la marquesa rusa Natalia, el príncipe ha discurrido casar á la artista con el conde, pero por un procedimiento patentado. El conde contraerá matrimonio con la contralto, pero sin verse ni hablarse. La boda se hará en el estudio. Un discreto biombo separará á los contrayentes para que no se vean, y cada uno, de una parte, sacará nada más que una manita para firmar el contrato. Inmediatamente el conde deberá ahuecar de París y estar tres meses sin parecer por la ciudad Lumière.

El día antes de terminar ese plazo volverá para pedir el divorcio, y como su esposa tendrá derecho al título de condesa, el príncipe podrá casarse con ella, sin que el zar tenga que ponerle reparos. Por tan bonito papel, el donde recibirá quinientas mil pesetas en el acto de actuar de marido sin ejercicio, como algunos gentiles hombres, y otras quinientas mil pesetas el día del divorcio.

El conde acepta, y en las condiciones fijadas se efectúa el enlace en el estudio de Armando.

Pero ¡ay!, la pícara curiosidad intriga de tal modo á Angela, que así se llama la prometida, y al conde, que ambos se enamoran sin conocerse.

Sobreviene un duo muy apasionado, y ¡hasta verte, Jesús mío!, como dijo el otro.

René, el conde, al quedarse solo piensa si todo aquello no habrá sido un sueño, porque siente que lleva dentro ya inoculado el suero del amor. Pero la realidad de las quinientas mil pesetas le vuelve su buen humor tradicional, y cuenta á los bohemios que se ha casado, y termina el acto con una formidable orgía carnavalesca, pagándolo todo el conde, según tradicional costumbre.

La diosa casualidad ó su suplente, dispone, sin embargo, las cosas de otro modo, y aunque el príncipe ha tomado muy bien todas sus precauciones para que el conde no satisfaga algo más que su curiosidad cerca de su efectiva aunque honoraria esposa, ocurre que el día antes de terminar el plazo, se presenta el conde con el nombre supuesto convenido en casa de la cantante Angela Didier, que da una fiesta á sus amigos. ¡Y lo que son las cosas, en la opereta sobre todo! Los dos, al verse frente á frente sienten como un terremoto en su corazón. El príncipe Basilio se espanta al saber que el conde está en pleno contacto con su propia mujer, que ha de adquirir él de segunda mano, y hace esfuerzos increíbles

para que el conde se marche; pero éste, que tiene mucho que hacer allí aquella noche, no solamente se queda, sino que se va de bracete con su esposa en las mismas narices del príncipe, según dice él á ver unas estampas, y lógicamente ocurre lo que tenía que suceder.

Sin embargo, para salvar el contrato, Angela discurre una idea de gran efecto. El diablo al fin son las mujeres. Y es en hacer con el príncipe la misma escena matrimonial que le colocaron al conde, sustituyendo una figura, la de Angela, que es suplantada por la vieja marquesa Natalia, á la que tantos asquitos hacía el príncipe. Y este ¡infeliz!, suponiendo que se casa con su adorado tormento, cae en plena jurisdicción de la marquesa, con la que tiene que cargar, en el buen sentido de la palabra, y así la figura del zar queda incólume en todos sus respetos.

Julieta y Armando se casan también después de haberse comido á besos por todos los rincones de la casa de Angela y *tutti contenti*, especialmente Lleó y Cadenas, con quienes *el conde de Luxemburgo* repartirá medio millón de pesetas de las que le entregó el príncipe Basilio.

Chismes y cuentos

Escuché la otra tarde en la Comedia:
— Es admirable. ¿Verdad Trini? ¡Qué Bello!...

— No, hija mía. ¡Bello, no! ¡Si es una caña de pescar...!

* *

Me detiene un compañero ilustre:
— Oye, ¿sabes que también se propone don Jacinto ridicularizar á Canalejas? En una de las obras que pronto estrenará Benavente sale á relucir la ley del candado.

— ¿Y qué dice?
— No sé, no sé. Ayer me dijo Premio Real que la obra es una maravilla. Pero que no le resulta lo del candado.

* *

Según rumores, el jefe superior de policía dimitido no cesa de decir:

— ¡El que con chicos se acuesta!...
Y la verdad es que don Méndez no se acostó con ningún chiquillo.
¡Pero que amaneció... tintado, vaya si amaneció!

* *

Me parece muy bien el que los diputados no tengan dietas más que cuando estén de purga.

Las dietas deben ser caldosas.
¿Dietecitas de veinticinco *pelas*?
¡Cómo se oiría gemir á los padres de la patria durante varios quinquenios!
¡Doctor que no me supriman la dieta!
¡Y ninguno se moriría de *debilidad*!

* *

Los sugestivos hermanos Quintero, fueron nombrados académicos de la Poesía española.

¡Y nosotros que no sabíamos pudiesen competir los hermanitos ni con Carulla!
Dios mío. ¿Les habrán nombrado académicos por «La rima eterna»?

Advertimos á nuestros colaboradores espontáneos que no se remunerará ninguno de los trabajos que publiquemos si no han sido solicitados directamente por la dirección de este periódico.

No se devuelven los originales.
La responsabilidad de los trabajos que se publiquen será exclusivamente de sus autores.

De uso universal como
AGUA DE MESA
 Se abona á los clientes diez
 cts. por casco devuelto.

AGUA DE SOLARES

DEPÓSITO Y OFICINAS
 Reina, 45, dupdo.,
 Teléfonos 886 y 2.929

BOITE "CHIC"

Papel tela para escribir
 — Á 1'40 y 1'95 ESTUCHE —
 Los sobres forrados de papel seda

CASA GAISSE

× **Preciados, 17** ×



LA CARRERA DE COMERCIO

es la más indicada por su porvenir, faci-
 lidad y múltiples aplicaciones. Para los
BACHILLERES ó que posean asignaturas
 de este título, grandes facilidades: en un
 año **CONTADOR**, y en dos **PROFESOR**
MERCANTIL

Pídanse reglamentos é informes al Director del
 — **INSTITUTO COMERCIAL** —

Príncipe, 2-Madrid

MATIAS LOPEZ

CHOCOLATES Y DULCES

Probad los exquisitos chocolates de esta casa, reconocidos por todo el mundo como superiores á todos los demás.

Sus cañés, dulces y bombones son los preferidos por el público en general.
 Pedidos en todos los establecimientos de ultramarinos de España.

FABRICAS: MADRID Y ESCORIAL

DEPOSITOS

Montera, 25-Madrid.
 Boteros, 22-Sevilla.
 Place de la Madelaine, 21-Paris.
 Mantas, 62-Lima.

A. Cristóbal, Buenos Aires.
 Ronda de San Pedro, 53-Barcelona.
 Obrapia, 53-Habana.
 Uruguay, 81-Montevideo.

V. Ruiz (Perú), Cerro de Paseo.
 J. Quintero y C.^a, Sta. C. Tenerife.

JOYERIA Y RELOJERIA

Quien se fije en los precios de esta casa,

— será cliente seguro —

Venta exclusiva del extraplano ODAGLAS

SALGADO - Carmen, 28 TELEFONO 3.000

Música de "El Conde de Luxemburgo"

VALS DEL BESO

(Con letra de Felipe Pérez Capo)

1'50 pesetas.

EDICIÓN GRAN LUJO

Librería Beltrán, Príncipe, 16.—MADRID

ESLAVA, JOYERO

Compro y vendo alhajas antiguas y modernas, perlas,
 esmeraldas, oro, plata y papeletas del Monte. ● ●

MADRID :: Montera, 40 :: MADRID

IMPERMEABLES CHRISTIAN

DE PAÑO SIN GOMA

Ultimos modelos en gabanes de señora y caballero.
 ☐☐ Trajes ingleses y del país. Capas para niños. ☐☐

50, Caballero de Gracia, 50 - TELÉFONO 667

CALLOS Y DUREZAS

de los pies. Curan segura y radicalmente á los cinco días de usar

CALLICIDA ABRAS XIFRA

Ala primera aplicación cesa el dolor. Es fácil y cómodo. No huele ni mancha. Véndese el estuche con frasco, pincel é instrucciones á UNA peseta

Argensola, 10, farmacia

Advertimos que se expenden multitud de imitaciones y falsificaciones de nuestro CALLICIDA. Desconfiad de otras ofertas. Son interesadas. Exigid el nombre

ABRAS XIFRA

MEXICO

Corresponsal exclusivo de **MADRID CÓMICO** y **CUENTOS GALANTES** en México, Don Andrés Botas, calle de Vergara, núm. 10. Librería - La Exposición Literaria.

ANUNCIOS Y RIPIOS, por Almoguera



Con sus desdenes me mata,
pero estoy más arrogante
y triunfaré de la ingrata,
cuando vea esta *corbata*
tan preciosa y elegante.

—No quisiera disgustarte,
pero justo es que transijas.
—Mujer, si voy á llevarte
ahora á *El Trust*, para comprarte
todas las joyas que elijas.

—Esa *capa* me ha gustado
y yo otra igual desearía.
—Es muy buena, y me ha costado
barata, aunque la he comprado
en la mejor *sastrería*.

Fábrica de camisas y corbatas-Mariana de Pineda, 12

Puerta del Sol, 11 y 12, y Carmen, 1

Pedro Martín Ballesteros-Cruz, 8 y 10



—Esta si le agrada, porque ya no la hay mejor: en Madrid no encontrará *esteras* tan superior.

Fijese en la calidad porque será de su agrado.
—Tiene razón; en verdad, es la que más me ha gustado.

Gran saldo de esteras-Fuentes, 5